



Nº 264

FEBRERO 2024



D. Francisco Rodríguez, D^a Amelia Valcárcel, D. Valentín Martínez-Otero, D. Juan Luis Rodríguez-Vigil, D^a María Jesús Álvarez, D^a Pilar Riesco. (de izda..a dcha.)

Entrega de la Manzana de Oro a D^a Amelia Valcárcel *Salón "Príncipe de Asturias" 26.10.2023*

DESARROLLO DEL ACTO

La filósofa Amelia Valcárcel recibió la "Manzana de Oro" en el Centro Asturiano de Madrid. La entidad concedió a la Prof^a Valcárcel su máxima distinción por su fecunda labor intelectual.

Desarrolló su actividad docente sobre todo en la profesora emérita de Filosofía Moral y Política en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Amelia Valcárcel fue vicepresidenta y vocal del Patronato del Museo del Prado y miembro del Consejo de Estado desde 2006 hasta 2023.

El encargado de presentarla durante el acto, a las 19 horas, en el Centro Asturiano de Madrid fue el expresidente del Principado Juan Luis Rodríguez-Vigil. El Himno de Asturias puso el broche final.



PALABRAS DE D. VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO
Presidente del Centro Asturiano de Madrid

Buenas tardes a todos señoras y señores, bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid, a este acto, a un tiempo entrañable y solemne, de entrega de la Manzana de Oro, nuestro máximo galardón, a la filósofa D^a Amelia Valcárcel.

Distinguidos directivos, socios, amigos todos. Como Presidente, es un honor dirigirles estas palabras y recibirles en este acto de entrega de la Manzana de Oro, para todos nosotros ocasión fraterna, dichosa, en esta Casa Regional, decana de las españolas en el mundo, emblemática y vetusta Institución sociocultural, “la Casa de todos los asturianos y amigos de Asturias”.

Gracias a las personas que se han excusado. Singularmente, con arreglo a nuestra costumbre, saludo a destacados invitados del mundo académico, empresarial, político, artístico, etc., y a otros “Manzanas de Oro”, que se citan indiferenciadamente, con el ruego de que se me excuse y se me corrija por las involuntarias omisiones: Avelino Acero y señora, Patricio Huerta, Andrés Menéndez, Laurentino Castro, Eduardo Sánchez Morrondo, Francisco Fernández, Gonzalo Fernandez y Francisco Javier Menendez Albuerne.

Me acompañan en esta tribuna: D^a Amelia Valcárcel, filósofa, profesora de largo y fecundo recorrido; D. Juan Luis Rodríguez-Vigil, presidente del Principado de Asturias (1991-1993); D. Francisco Rodríguez, Presidente de nuestro Consejo Superior y Presidente de Industrias Lácteas Asturianas-Reny Picot; D^a M^a Jesús Álvarez González, Directora General de Igualdad del Gobierno de Asturias; y D^a Pilar Riesco, Secretaria General del Centro Asturiano de Madrid.

La entrega de esta Manzana se aplazó por la pandemia, pero tenemos la dicha de poder celebrar hoy el acto.

Con la satisfacción por el merecido galardón, con el honor de dirigirles estas palabras, debo decir que la obra de D^a Amelia se sitúa en los terrenos de la filosofía y del feminismo; una obra que ha trascendido nuestras fronteras. Es una de las mayores representantes del llamado “feminismo de la igualdad”. Aunque continúa su labor docente e investigadora en la UNED, en gran medida ha desarrollado su actividad como profesora y catedrática de Filosofía Moral y Política en la Universidad de Oviedo.

Formal y cordialmente celebramos este acto en el que se entrega la Manzana de Oro, propuesta por la Comisión de Galardones y aprobada por unanimidad por la Junta Directiva del Centro Asturiano de Madrid.

La manzana se vincula a Asturias, al igual que la Manzana de Oro al Centro Asturiano de Madrid, su más preciado galardón, con el que reconoce la virtud, el mérito. Pero ahora, antes de entregar la Manzana de Oro a D^a Amelia Valcárcel permítanme que, con arreglo nuestra costumbre, presente, a D. Juan Luis Rodríguez-Vigil, quien, a su vez, presentará a D^a Amelia. Disculpen los errores que pudiese haber en los datos que seguidamente aporsto.



D. Valentín se dirige al público asistente

D. Juan Luis Rodríguez-Vigil Rubio, político español perteneciente al PSOE. Fue presidente del Principado de Asturias entre 1991 y 1993 y, como tal, forma parte del Consejo de Comunidades Asturianas.

Nació en Valdepeñas (Ciudad Real), aunque muy pronto se trasladó a vivir a Infiesto, donde permaneció hasta que a los 13 años se fue a Oviedo, donde estudió Derecho.

Pertenece por oposición al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado. Trabajó en el Ministerio de Industria y en el de Obras Públicas, en Madrid; pidió excedencia y ejerció como abogado laboralista para la UGT en Oviedo y, posteriormente, fue secretario general de la dirección provincial de Sanidad.

En 1971 se afilió al PSOE, del que fue miembro del Comité Federal. Perteneció a varias comisiones ejecutivas regionales, y fue, hasta 1991, secretario ejecutivo regional. Formó parte de los distintos gobiernos autonómicos presididos por Rafael Fernández primero y Pedro de Silva después, como Consejero de Sanidad y Servicios Sociales. En 1991, encabezó la candidatura del PSOE a la

Junta General del Principado, y fue elegido diputado e investido Presidente del Principado de Asturias.

Está casado y tiene 3 hijos. Entre el año 2006 y el 2018 ejerció el cargo de vocal en el Consejo Consultivo del Principado de Asturias.

En 2005 publicó el libro «Los montes comunales y vecinales de Asturias» y en 2018 «La mitad olvidada de Asturias», en su línea de interés sobre la legislación de montes vecinales asturianos, pues como él mismo dice: «"Si en todas partes los montes son importantes, en Asturias son básicos"».

Muchas gracias D. Juan Luis Rodríguez-Vigil.

Muchas gracias a todos



D. Francisco Rodríguez coloca la Manzana de Oro a la homenajead



PALABRAS DE D. JUAN LUIS RODRÍGUEZ-VIGIL
Ex Presidente del Principado de Asturias

Señor Presidente del Centro Asturiano de Madrid, señoras y señores.

En un momento de especial dinamismo social, como lo está siendo el presente, determinado principalmente porque el significado de ser hombre, o ser mujer está cambiando a ritmo acelerado, en realidad vertiginoso, generando transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que eran imposibles de prever hace no excesivos años, es para mí un motivo de gran satisfacción y un honor estar aquí para hablar ante ustedes de mi gran amiga Amelia Valcárcel Bernaldo de Quirós, que ha tenido, y que aún tiene, y espero que sea para rato, un papel muy importante en ese complejo proceso de cambios, del que ha sido una agente especialmente activa y creativa, papel que también ha tenido en lograr la máxima comprensión y difusión de esas revolucionarias transformaciones entre colectivos cada vez más amplios de hombres y de mujeres, así como, por supuesto, en la más certera y efectiva defensa de esas modificaciones sociales que tan amplio espectro social tienen, y haberlo hecho, además, con la máxima energía, pero sin caer nunca en los simplismos estridentes, y las exageraciones carentes del mínimo rigor ético y también científico que, por desgracia, abundan por esta nuestra España actual cuando se tratan y regulan cuestiones relacionadas

con los nuevos papeles que día a día interpretan las mujeres y los hombres.

Ha acertado plenamente el Centro Asturiano de Madrid al otorgar a Amelia Valcárcel su máximo galardón, la prestigiosa Manzana de Oro, de manera que me parece singularmente acertada y sobremanera merecida. Con ello, el Centro incorpora a Amelia al abundante e ilustre elenco de asturianos y de asturianas, residentes en Asturias y fuera de Asturias, que ya han obtenido esta distinción.

Muchos de ellos han dejado en la sociedad española rastro importante de su actividad intelectual y de su magisterio, y este es, sin duda, el caso de Amelia.

Amelia Valcárcel Bernaldo de Quirós, nació en Madrid, de familia asturiana. En Oviedo, en la facultad de Filosofía y Letras, hizo los cursos comunes de en lo que entonces era única carrera de Filosofía, que terminó en Valencia. Posteriormente regresó a Oviedo, incorporándose al departamento de Filosofía de la facultad ovetense que entonces dirigía Gustavo Bueno, tan ilustre como filósofo como difícil en el ámbito personal.

En la universidad de Oviedo Amelia inicio una carrera académica, que la ha llevado a lo más alto del mundo intelectual español. Pero la verdad es que no lo tuvo nada fácil. Si bien hoy la doctora Valcárcel es un orgullo para Oviedo y para su Universidad, la verdad sea dicha es que, para llegar a ello, para conseguir desplegar toda su capacidad intelectual, y su espléndida capacidad de magisterio tuvo que sufrir bastante, pasar por avatares duros y en ocasiones por restricciones lamentables y por vetos injustificados pero apasionadamente jaleados y articulados.

Pero como la inteligencia y la calidad de las obras y de las ideas afortunadamente, en ocasiones, y en este caso así ocurrió, pueden vencer las dificultades, Amelia luchó, y lo hizo bravamente, incluso ante los tribunales, enfrentándose para salir adelante a múltiples

obstáculos, incomprensiones y ataques arteros, de los que he sido testigo.

Pero, en fin, la lucha vale la pena cuando se gana y eso ha ocurrido en el presente caso, y hoy en todo el mundo se la respeta y se la admira, y muy especialmente en la América española. De forma que Amelia es, por sí misma, imagen de la mejor, más moderna y más solidaria intelectualidad asturiana y sobre todo ovetense, que engarza directamente con los más señeros nombres de la historia intelectual de nuestra región desde el siglo XVIII al presente.

Esta Manzana de Oro se otorga a una personalidad intelectual sobresaliente, autora de una obra filosófica y ensayística especialmente relevante en términos de influencia social, moral o ética, y que contiene, además, elementos de reflexión política y cultural muy valiosos, además de prácticos, y que, justamente por ello, ha sido y es, como no podía ser menos, un eficaz y pedagógico instrumento de combate contra toda discriminación por razón del sexo, dado el carácter y la vocación de auténtica maestra que Amelia tiene, y que siempre ha querido poner de relieve, como lo hace de forma manifiesta en su libro casi autobiográfico “Rebeldes, hacia la paridad”.

Pero, al hablar de Amelia no debe uno caer en reduccionismos.

Su obra y su actividad vital no se han detenido, ni limitado al mundo de la filosofía académica, ni al desarrollo de los principios teóricos propios de su especialidad docente universitaria, por más que su curiosidad y actividad en este terreno sea muy grande, y esté muy atenta a los complejos fenómenos de nuestro tiempo, como los derivados de la globalización, la multiculturalidad y la creciente banalidad que adquiere el mal o el daño a los terceros, que tan lúcida como detenidamente Amelia ha analizado en su *Ética para un mundo Global*.

Personalmente me gustaría subrayar dos obras de Amelia Valcárcel que me han interesado sobremanera y que tratan sobre temas de enorme actualidad y gravedad.

Una, son sus diálogos con Victoria Camps, que ellas titulan *Hablemos de Dios*, y que se detiene minuciosamente sobre el lugar de la religión en este siglo XXI, abordando con inteligencia y profundidad la difusa imagen que Dios tiene en la actualidad para colectivos muy numerosos, en su relación con la moral social vigente, con la fe, la increencia y, sobre todo en la necesidad impuesta a la gente por la realidad de aprender a vivir sin Dios y sin las reglas que lo amparaban, cuando por muchos lares crecen y se jalean como buenos y adecuados para la vida los fundamentalismos y el fanatismo, claramente incompatibles con la racionalidad.

Y otro libro de especial actualidad en esta España que como decía Machado y recuerda Amelia todavía es en buena medida para bastantes protagonistas de la vida política, un “páramo que cruza la sombra de Caín”, y que, precisamente por ello, en mi opinión, deberían leer todos los que aquí y ahora agitan el pasado como instrumento de combate para el presente y el futuro, o debaten sobre el derecho a la clemencia con criterios deliberadamente confusos y marrulleros, es *La Memoria y el Perdón*, el cual escrito en 2010, y por tanto, libre y ajeno a cualquier coyunturalismo político interesado, concluye estableciendo una nítidas, radicales diferencias entre el indulto, que supone el perdón graciable y benévolo del yerro, mediante la remisión de una pena que se elimina o se acorta, y la amnistía, la cual implica dejar fuera de la consideración de delito merecedor de pena determinadas acciones por malvadas y peligrosas que hayan sido, estableciendo categóricamente que la ley bajo la que actuaba el poder era errada e inconveniente.

En realidad, el pensamiento y la obra escrita de Amelia abarca territorios muy amplios y variados, lo mismo que ocurre con su actividad social, que ha excedido con mucho del ámbito académico, por más que dentro de este y para este hayan nacido obras como Hegel y la ética, o Ética contra estética, que entre otras muchas virtudes, para mí ha tenido la de ayudarme a entender la obra de Wittgenstein con limpieza y sencillez.

Ciertamente, la abundante obra escrita de Amelia, unida a las infinitas conferencias, participaciones en simposios y seminarios que ha prodigado por toda España y también por la América de lengua española, han sido, y son aún, un factor esencial, decisivo creo yo, en la consecución de la igualdad entre hombres y mujeres, en la medida que han cooperado activamente en el aplastamiento ideológico de la tradicional cultura española machista, concienciando a muchas mujeres (y naturalmente también a no menos hombres) sobre la necesidad de construir una sociedad igualitaria en el ámbito sexual en el marco de una nueva cultura, de unas nuevas relaciones entre hombres y mujeres que, sin perjuicio de que aun reste camino abundante por andar, ya son fácilmente perceptibles en la actual sociedad española.

Sin duda alguna la lucha feminista, la promoción del feminismo que ha protagonizado Amelia Valcárcel ha representado un ejercicio de importancia excepcional a la hora de acercar la mujer del futuro al presente y de transformar los ideales de género. Por ello, su esfuerzo intelectual y político está contribuyendo, y no poco, a que este mundo nuestro llegue a ser más igualitario y, desde luego algo mejor que el pasado.

Esa importancia y esa vocación de impulsar cambios tienen libros como Sexo y Filosofía, sobre mujer y política, o La Política de las mujeres, que tanto han tenido que ver en el desprestigio y la derrota de la misoginia, como también con el cada vez más extendido arraigo de la idea de igualdad de los sexos basada en la libertad.

Cuando la mayor parte del alumnado universitario español está compuesto por mujeres, cuando la mayor parte de quienes nos atienden en Hospitales y centros de salud son mujeres, como también lo son quienes juzgan nuestros pleitos y delitos, es que la labor de personas como Amelia Valcárcel ha tenido sentido y ha resultado eficaz. Que aún reste mucho por hacer en este terreno no es sino la consecuencia del páramo del que se partía, pero ahora ya hay bases sólidas para el avance, y este se ve no solo como posible, seguramente también como imparable. Y eso se debe a algunas personalidades pioneras, que han hecho de esta labor el motivo principal de su vida y obra, y entre ellas esta y de manera significativa la figura de Amelia Valcárcel.

En tiempos en los que no abundan los ejemplos y los discursos ideológicos y filosóficos que puedan llegar con eficacia positiva a la gente joven y menos aún a grandes grupos de personas, y cuando también es raro el reconocimiento público de la racionalidad, del discurso de la verdad y de la defensa de la necesidad insobornable de la ética, del oponerse con rigor y valentía a la falsedad y a la mixtificación aún a riesgo de ataques durísimos y amenazas rastreras, donde frecuentemente priva el anónimo y el troll habitante de las cloacas que con frecuencia se generan en las redes sociales estábamos muy necesitados de personas que como ha hecho Amelia sin descanso, ni abatimiento, con valentía e inteligencia iluminaran ámbitos, tan relevantes y tan revolucionarios como el del feminismo liberador de la mujer, que algunas corrientes ideológicas o de los que sea, pues muchas veces no se sabe ni lo que son, pretenden oscurecer adrede, mezclando lo mezclable y tratando de confundir sexo con género, utilizando para ello los sentimientos más primarios y confusos, por más que estos poco tengan que ver con la racionalidad y con la más elemental inteligencia..

Y esas actitudes las ha tenido en su papel de Amelia intelectual, de profesora publicista, académico, pero también en otra faceta, no menos relevante,

Amelia Valcárcel no se encerrado nunca en una torre de marfil universitaria, para escribir, pensar y expandir su ideología de igualdad y de libertad. Tampoco ha considerado que su activismo intelectual podía centrarse únicamente en los modos de conferenciante, animadora y promotora de reuniones que pudieran suscitar inquietudes feministas a lo largo y lo ancho de territorio español y de buena parte de la América de lengua hispana, (por cierto, nuestro principal valor cultural en el mundo global en el que vivimos, al margen de idiotismos al uso)

Su periplo por el mundo político e institucional ha sido y también amplio, variado y fructífero, de forma que puede decirse que su personalidad y su obra han sido enriquecidas por los conocimientos adquiridos en una intensa y compleja actividad institucional y política, empezando por su paso por el Gobierno de Asturias donde ejerció como Consejera de Cultura, aportando nuevos enfoques a la acción administrativa relacionada con la mujer, , criterios de excelencia intelectual que pudo utilizar a su paso por la Vicepresidencia del patronato del Museo del Prado, y, sobre todo por su paso el Consejo de Estado, donde, dada su elevada formación intelectual y conocimientos, tenía mucho que aportar y aportó como lo prueba su intervención, notable, en el complejo y brillante dictamen elaborado por el máximo órgano consultivo del Estado sobre la problemática plantada por el ejercicio de la prostitución y las medidas posibles que deberían adoptar los distintos poderes del Estado, tanto ejecutivos, como legislativos y judiciales para tratar de erradicar, o al menos reducir al mínimo posible esta lacra social tan denigrante para las mujeres que de una u otra manera son objeto de explotación o de denigración, sean cuales sean las condiciones de partida que esas mujeres tengan. A veces, aunque ellas no lo crean.

Y también tengo que subrayar su compromiso político-intelectual con el socialismo, que se concretó principalmente en la dirección que ejerció de la revista teórica del PSOE, Levantan, ala impregnó de la ideología feminista que se trasladado a la acción practica de los movimientos políticos y sociales de raíz socialista.

En fin, Amelia Valcarcel ha contribuido a crear en buena medida el corpus intelectual del mejor feminismo español, radical en sus objetivos de igualdad , y certero a la hora de delimitar su espectro contra toda clase de invasiones y de espureas utilizaciones del ideal feminista por colectivos que poco tienen que ver con la mujer, de quien e ha sido y es defensora insobornable contra viento y marea y contra todo tipo de mixtificaciones y disparates, por más que estos tengan insólito amparo legal .

Pero, para terminar quiero poner de relieve que dentro de las distintas líneas de pensamiento y de acción del feminismo español Amelia se sitúa en el ámbito de la racionalidad más estricta, de la ética más depurada y del mayor respeto a libertad y a las reglas de la democracia.

Amelia es hoy, por ello, la más auténtica y leal continuadora de la obra que en los lejanos años veinte y treinta del pasado siglo encarnó Clara Campoamor, y su trayectoria feminista que siempre ha sido limpia y respetuosa con la libertad, la verdad y la inteligencia, y en la cual los sentimientos primarios nunca han conseguido apartar a la encía en si, como ha ocurrido con otros mundos que se dicen feministas, se aparta y diferencia nítidamente de otras corrientes como aquellas que podrían basarse en ejemplo de Margarita Nelken, persona instalada en la violencia y que no desdeñaba el exterminio del contrario discrepante, las cuales, regidas siempre y solo por sentimientos fanáticos y elementales, y aborreciendo de la inteligencia y de la libertad de crítica, han dado frutos estridentes y, en ocasiones, por ser claramente disparatados, nefastos, creado realidades y situaciones muy negativas y hasta peligrosas para la política de las mujeres españolas.



PALABRAS DE D.ª AMELIA VALCÁRCEL.
Manzana de Oro del Centro Asturiano de Madrid

Buenos tardes

Agradezco al Centro Asturiano, a sus autoridades, esta hermosa distinción, el que me hayáis señalado con ella, que estéis aquí para dármele; vuestro cariño me emociona de un modo especial; estoy dejando caer alguna lágrima, pero es que, con la edad, ya no surfeo sobre las emociones, sino que las manifiesto. Vaya, que me estoy muy llorica. Además las palabras hasta ahora escuchadas han contribuido lo suyo, sobremanera la glosa de mi amigo y valedor Juan Luis Rodríguez Vigil, a quien tanto estimo y tanto debo. En Francisco Alvarez estoy segura de tener a un amigo admirable de quien siempre aprendo y cuya compañía adoro.

Os agradezco también, además de este honor, el ver aquí acompañándome a amigos que tanto quiero. A Juan José Laborda, mi querido Juanjo, con quien he compartido casi veinte años en el Consejo de Estado y cuyo magnífico sentido de la proporción en todo, admiro: el caso es que a las alturas de esta primavera del 23 algo nos pasó que dejamos de ser idóneos y fuimos levantados. Quizá tenga que ver con la independencia de criterio. Pero lo que quiero recordar es lo bien que lo hemos pasado, la de ratos magníficos que hemos compartido, porque, como nuestros sitios estaban contiguos, daban espacio para mucho cuchicheo, para deliberar y comparar, para preguntar “qué te ha parecido esto” o valorar por qué sí, por qué no y aquello más. Querido Juanjo, tenerte tan cerca ha sido magnífico.

Os agradezco a la familia vuestra presencia, que os veo allí atrás, queridos Lozano, y me da tanta alegría. ¡Muchísimas gracias familia! Me veo, además rodeada de amigos tan queridos y además condiscípulos. Uno de mis mentores fue Carlos Castilla, y ahí tengo a Pepe Vals y a Celia Fernández; también a mis colegas de la UNED, a Teresa San Segundo. Y veo a mis amigas queridas de Facebook, Ana y Raquel, que han venido; hasta tengo la fortuna de contar con amigos de México, Carmen Junco y Eduardo Garza. España ahora es América, se transfunde en ella. España es esta parte de Europa, pero decidme otro cualquier Estado que haya logrado trasladar su cultura completa a un territorio casi inabarcable, inmenso, que habla la misma lengua y sobre todo, habla las mismas ideas, quizá en tiempos diferentes y en registro diferente, pero comparte un paisaje de cultura enorme. Esa es nuestra gran fortaleza, por eso agradezco tanto que estéis aquí hoy. En fin, que a todas y todos os agradezco muchísimo vuestro apoyo y presencia, este estar conmigo y saber de dónde viene.

Pero habré de detenerme especialmente en la glosa de Juan Luis Rodríguez Vigil que da pábulo y fundamenta este acto. Más allá de la amistad, la estimo excelente. Ha recorrido con su mirada justa todo lo por mi realizado y también ideas, actitudes, cualidades. Juan Luis, te la agradezco y me parece un extraordinario espejo. Sin embargo...

Yo sé y quiero hablar de algo que él no ha citado. Yo sé que mi glosador y amigo no soporta mi patriotismo asturiano, que es profundísimo y que no se me pasa de ninguna manera. Sé también que si ahora me pongo a hablar en asturiano a Juan Luis le puede dar algo, así que no sé *si facelo o nun lo facer*. Más adelante quizás. La amistad ya maravilló a Aristóteles. La verdadera pasa por encima de peñas. Quiero decir que la camaradería necesita acuerdos, la hermandad de partido necesita obediencia, pero la amistad pasa por encima de los unos y la otra. Es fundamentalmente admiración, cariño y respeto. Y en un asunto Juan Luis y yo tenemos un profundo desacuerdo. Lo expondré:

Cada vez que en España, en nuestra convivencia corriente, tenemos algún problema con las comunidades que la componemos, las gentes ilustradas solemos mover la cabeza y siempre decimos algo como “es que la identidad es muy mala”. Como si pensáramos que la mejor identidad es la que no existe. Pues bien, esa parte del coro yo nunca la recito. Porque yo siempre creeré que el patriotismo es una virtud. Una antigua y digna de elogio.

El amor a la patria es además duro y sañoso. Recuerdo ahora un cuento de Clarín, el del indiano que vuelve y hace su última hora con *borroña* vista. Febril y recién vuelto: “ya que no podía comer aquel manjar soñado, quiso verlo, y pidió un pedazo del pobre pan amarillo para tenerlo sobre el embozo de la cama y contemplarlo y palparlo”. Y con ese mismo pan aldeano, con “aquella pasta grosera, aquella masa viscosa, amarillenta y pesada, que simbolizaba para él la salud aldeana, la vida alegre en su tierra, en su hogar querido” se va muriendo. La patria es muchas cosas, con frecuencia inconexas y puntiagudas. A la nuestra, Asturias, yo la amo hasta la extenuación, no puedo evitarlo, y de siempre.

Cierto que, cuando yo era una guajina aquello nuestro me parecía estrambótico, todo hay que decirlo. Cuando ellos venían lo percibías nada más que se abría la puerta. Era ese olor a agua. Y cuando yerás tú la que *dibes*... Primero el llegar después de un viaje de ocho o más horas, atravesando túneles y tragando les *carbonilles* que también *metiense po los güeyos*. Una vez dentro, el gris *orbayo* casi omnipresente, aquella xente pariente tuyo, *les sos cases* que olían a húmedo, ellos y elles que *falaben* raro, todo imponía guardar las distancias; hasta *asustaben*. Hasta que me di cuenta de quienes eran, son lo mejor.

Nuestros abuelos y antes de ellos los suyos... todas y todos hasta nunca perder el rastro, aguantaron en una tierra durísima, porque Asturias será y es hermosa, pero de las más pobres y las más duras, o de las más foscas. Allí sobrevivieron a las hambrunas, aguantaron fríos, trabajaron y padecieron lo suyo... y de allí salieron obligados, porque no tenían otra, a buscarse la vida. Y, sin

embargo, allí volvían porque les traía del dogal el mismo sentimiento que yo percibo en mí, ese abismal de pertenencia. Yo no puedo negar que noto eso, ese profundo tirar que te ata. Y, de la misma manera, cuando lo siento sé que es virtuoso.

Para iluminar esta ética del patriotismo voy a echar mano de un autor que medio conozco bien, cuya reflexión es ahora si cabe más pertinente por todo lo que está pasando en el territorio palestino – israelí. Hablo de M. Ignatieff. En su libro “El honor del guerrero”, escrito al hilo de su participación como pacificador en la ex Yugoslavia, intenta explicar por qué, en determinados conflictos, la aplicación de principios universales no parece funcionar. No es convincentemente emotiva.

Este autor, que estuvo a punto de ser presidente de Canadá y mejor nos habría ido, nos pide que asumamos que existen dos éticas, las éticas que se reclaman del universalismo y aquellas que pisan un terreno más previo y hostil. En nuestras sociedades ancestrales, aquellas en que la violencia tenía más espacio y sentido, hay que usar otras, se deben invocar normas elementales, adaptadas, que toquen un sitio diferente de la racionalidad de nuestro presente. Ejemplifica con lo que era corriente en el conflicto de Yugoslavia -hasta que rompió Yugoslavia- y en ese texto magnífico, sin alardes, explica que, si estamos en una de estas sociedades que se están partiendo, de nada vale decirle a alguien que “obre de tal manera que la máxima que presida su acción pueda convertirse en ley universal para cualquiera”. No. Hay que decir muy seriamente “un guerrero no viola, un guerrero no mata mujeres, un guerrero no mata niños. Tú eres un guerrero, tú no debes hacer nada de eso”. Debes allí abandonar las abstracciones e ir a un momento anterior antes de que se edificara la gran estructura de la ética moderna. Has de apelar a la vergüenza y al honor para que la gente te siga.

El patriotismo, no nos engañamos, pertenece al mundo de la vergüenza y el honor, por eso es tan difícil encajarlo en el mundo actual y por eso quien lo pretenda presentar y representar tiene

que ser tan serio, bien hecho, bien encajado. Es un peán que conocemos con las vísceras. Sabemos cómo suena y cómo se hace.

Sabed que tenéis en mí a alguien que alguna vez hice partícipe de mis emociones patrióticas al Arzobispo de Oviedo, el muy respetado y querido Gabino Díaz Merchán, por otro nombre Gabino el bueno. Yo sé que muchos en esta mesa también le apreciabais. Pues bien, en los lejanos tiempos en que yo era consejera en el Gobierno Autonómico, de cultura, educación, deportes... y un par de cosas más, aquello nuestro, y tú, Juan Luis, me guiabas con consejos que me dabas en la sombra, porque acababas de ser Presidente y quedaba feo que yo en vez de con mi Presidente me aconsejara con el anterior, una cosa hice que pide ser contada.

Recordemos ahora, si nos es posible, todos, la Iglesia de San Vicente de Serrapio. Es una iglesia románica que sólo muestra su magnificencia si en ella se penetra. Colocada sobre el río Aller, nos narra Menéndez Pidal que estuvo rodeada de un maravilloso bosque de árboles milenarios. Su piedra de fundación es de época asturiana, fechada en el año 884, pero probablemente su sacralidad es muy anterior. En el siglo noveno tenía culto, pero las laudas, lápidas e inscripciones que guarda la envían mucho más atrás. Parejo a su sacristía se ordenaron varias, algunas en latín, incluso otra en griego, lo que señala el origen quizás militar del templo, un serapeun, dada la devoción a Serapis que cultivaban las legiones. El caso es que en mis manos cayó restaurar San Vicente, lo que se hizo a sabor de boca, y quedó bellísima. Y a aquel paraje nos fuimos los responsables para comprobarlo y celebrarlo. Vimos el magnífico interior, aquilatamos la calidad de las pinturas, observamos los restos de inscripciones de dos milenios que allí duermen, en fin, alimentamos pues el alma y, a reglón seguido, fuimos invitados por el Ayuntamiento a un módico yantar.

El cual yantar se produjo en una fonda relativamente cercana y en la disposición que paso a describir. En una sala de piso de madera lavada había una suerte de tabladillo y sobre él lucía una mesa. Aquella disposición allerana tenía sus intrínquilis -al fin yo allerana

también soy de proveniencia y eso quizá os revele algunos porqués de mi carácter- y parecía apuntar a una solemnidad en el almuerzo de tipo especialísimo. Pues las autoridades fuimos dirigidas a la mesa de la tribuna, que sólo tenía sillas en uno de sus lados, de manera que mirábamos al fondo de la habitación todos, pero podíamos servir de espectáculo a quien quiera que entrara. Obedecimos y nos sentamos, Arzobispo, yo misma, alcalde, concejal del ramo y directora de cultura. Y, en ese propio instante del asentarse entró un gaitero que incontinenti, *púsose a* tocar a techo su instrumento. Una gaita a techo no es poca cosa.

Conversar no se podía, por la extraña disposición y porque la música tampoco lo hacía posible. A la cuarta tonada y hora de las croquetas de bacalao, el gaitero, que tenía su repertorio, se envalentonó y tocó el “Asturias Patria Querida”. ¿Qué hacer? Dirigi a Gabino mi mejor mirada cómplice y me levanté. El me siguió. Los restantes tres se levantaron con diverso convencimiento. Escuchamos el himno y volvimos a los huevos duros. Pero he aquí que de nuevo el gaitero, emocionado, tras dos o tres tonadas más, repitió el “Asturias patria querida”. Nuevo levantamiento, esta vez más sincronizado. Tercera ocasión: yo naturalmente me levanté, el Arzobispo se levantó, a continuación todo el mundo dejó de comer y asistió al Asturias Patria Querida con mucho respeto e interés.

Tras terminar este trance, el Alcalde, que comenzaba a mosquearse, exclamó: “vamos a prescindir de la gaita”. Se produjo un silencioso suspiro, que todos entendimos... menos el gaitero. Nos miró extrañado, plegó el instrumento y se marchó *reburdiando* algo como “*cada vez son más raros los que manden y más extravagantes, pero bueno, si nun quieren música pues en sin ella queden*”. Tan extrañas son las paradojas y lugares del patriotismo que estoy por pensar si ya en el Serapeun no se habrían producido algunas que estábamos heredando, puesto que fue Serrapio lugar de pactos como sus piedras latinas cuentan.

Ser patriota es un gesto pequeño y muy suave, de respeto o de amor, a una música, un poema, un árbol, una abuela, el canto de

una *raitana* o una enseña. Confieso, sí, que de mi autoría es el “*Puxa Asturias*”. Y que bordé una de las primeras banderas asturianas en la democracia. Aún la guardo. Cuando contemplo las cruces que se guardan en la Cámara Santa o las que Alfonso III grabó en sus iglesias, algo como una música se me insinúa en el alma irascible. A esta música emocional y a mi parecer, yo le debo respeto y por lo tanto me levantaré cada vez que la oiga, esté donde esté. En ella están las muchas vidas, ideas y obras que me pusieron de pie en la tierra. No me desdigo de la herencia ilustrada si la atiendo. Los principios universales nos aseguran en nuestra humanidad. Pero puedes amar enormemente a tu patria sin que ello te impida vivir dentro de esa esfera. Porque lo innoble es querer hacer pasar por patriotismo la vergüenza pura y dura de exigir privilegios; demandar un precio “porque yo lo valgo”. Porque lo valgo, lo vendo. No, el patriotismo es otra cosa. Una de los dioses de abajo, y que me lo permita Antígona, “que no son de hoy ni de ayer, sino que viven por todos los tiempos y nadie sabe cuándo aparecieron”. Es, por insondable, difícil de negociar a mercado abierto.

Queridas amigas y amigos, querido Juan Luis... Esta parte faltaba.

Queda dicho.

De nuevo, muchas gracias.

